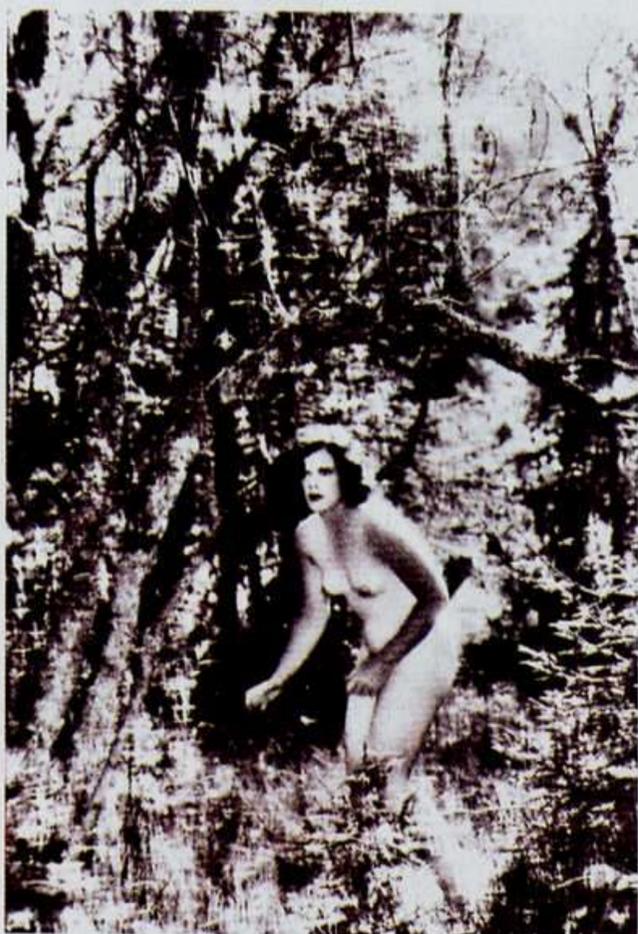


A pantalla desnuda
Cien años en pos de la piel

JUAN MALDONADO

Sofía Loren



Hedy Lamarr en *Éxtasis*



Jean Harlow

Cuando el cine nació casi media Humanidad vivía aún su desnudez sin rebozo en las colonias y más allá. En la metrópoli, por el contrario, regía el más severo cubrimiento: el Londres victoriano eliminaba, tapando o suprimiendo, las patas de los muebles para no tener que referirse siquiera a las «piernas» de los mismos y las feministas apuñalaban los desnudos de Velázquez por encontrarlos degradantes. Tras medio siglo de fotografía, el cine sería un elemento de no poca importancia en la difusión mundial de las bondades del desnudo por sí y como reclamo. El documental de tierras exóticas se adorna con la recuperación del mito del buen salvaje que ofrecer a ávidas plateas del mundo desarrollado y sexualmente reprimido. Las producciones «históricas» se valen del pretexto de la recreación de época para mostrar cuerpos liberados de vestimenta, iniciando una práctica que sería común en las décadas siguientes. La clandestina pornografía iría despojando de abundantísimos ropajes a carnes ubérrimas que aparecían al cabo de oleajes de enaguas y pololos.

Tras la Primera Guerra Mundial, el rearme moral que lleva a la Ley Seca en América y a los vestidísimos totalitarismos europeos no impide las fantasías como el baile de María trufado de ojos en primer plano en *Metrópolis* ni el baño de Popea en leche de burra. Con la exaltación del físico se gana en piel de blanco y negro hasta que el cuerpo cobre voz y suspiro sensual: el prólogo del documental olímpico de Leni Riefenstahl es suprimido en varios países, entre otros claro el nuestro. Gustav Machaty muestra la íntegra belleza de Hedy Lamarr en *Éxtasis* que un magnate casado con la actriz tratará de destruir, ajeno a toda una tradición de directores con Vadim a la cabeza que se solazarán en las décadas siguientes en mostrarnos los cuerpos desnudos de sus parejas.

La segunda postguerra y su ya desinhibida hegemonía norteamericana expanden esa visión atlántica y reformada lejos de las exhuberancias mediterráneas. Precisamente el cine europeo jugará sus mayores bazas comerciales basándose en la mayor osadía de sus argumentos y sus imágenes. Se llegará a hablar de un «film francés» como sinónimo de descoque —que prolongará las postales de bañistas *fin de siècle*— y en Italia las *maggioratte* se convierten en una industria nacional que garantiza notables dividendos de la exportación. Sofía —antes de hacerse Sophia— se da a conocer mostrándose en pleno. En la otra punta del mundo, Mishima cultiva su cuerpo para el mayor desnudo mientras *Hiroshima mon amour* revela en plano corto un encuentro interracial.



Brigitte Bardot

El cine americano encaja tanto encaje volátil como mejor puede constreñido por el Código Hays y su tradición moral. Pero el ocaso del sistema de estudios, la presión de la televisión, el fin del monopolio de los cines, las chicas de Vargas como adelanto del Playboy y la aparición de nuevos medios de explotación como el *drive-in* (clave en el despertar sexual de la generación previa a la revolución sexual) favorecerán un auge de los pequeños inversores y la aparición del *nudie*, películas baratas basadas en la rentabilidad de los cuerpos. Será *El Prestamista* de Lumet quien rompa el fuego cuando el pecho desnudo de la prostituta negra evoque en el viejo judío la indefensión masiva del martirio nazi, los «maniqués desnudos» que llamó Bernadac en esos mismos días. A partir de ese momento quedó abierta la puerta para la exhibición de la epidermis. Pese a todo, en el cine comercial las parejas continuarán envolviéndose en las sábanas antes de dejar el lecho castigado por la pasión que se ha hurtado al espectador en la elipsis. Desnudo masculino y femenino comenzarán entonces un igual camino de doble rasero que tendrá en las nalgas de cualquier sexo una exposición casi tolerable, por lo semejante.

Ante las presiones del nudismo inocente y acusado, por un lado, y el porno nórdico por otro van cayendo los tabúes, incluso aquí, donde un municipal clausura un escaparate por una Maja de Goya y un documental sobre la reproducción humana, *Helga*, se convertía en un éxito de taquilla. Los actores más exhibicionistas se apresuran en incorporar papeles ligeros de ropa justifi-

cados por el guión: Richard Harris como *Hombre llamado Caballo*, Brando enculando contra el suelo ceñidas sus nalgas por el pantalón de cuero y hasta Charlton Heston muestra su trasero sexagenario, y los que vendrán. Cuando esa hora ansiada llega a nuestras pantallas todos/as darán un paso al frente. De la pionera M^a José Cantudo a la mayorcita Aurora Bautista, enseña del primer cine franquista, actrices, vedettes y starlettes, consagradas, aspirantes y debutantes pasarán por el trámite de mostrar lo negado hasta el momento. Cuando una película se anuncia con «lo nunca visto de Susana Estrada» un gracioso comenta «¡Serán las radiografías!».

Blake Edwards promociona su película *S.O.B.* (*Sois hOnrados Bandidos*, en su título español, de verdad) en torno a la idea de que Julie Andrews (estandarte de la mojigatería) muestra sus pechos. Se confun-



Anita Ekberg

de el gancho popular y el mismo argumento en el que un trasunto de su director enumera una serie de grandes actrices para culminar en ¡Liv Ullman! Todo un síntoma de cómo el desnudo ha sido asumido por la misma industria que lo condenó. La mayor estrella del primer sonoro subía completamente desnudo al Empire State y hasta tres veces ha venido así del futuro el actual gobernador de California.

Del guante de *Gilda* bajando sincopado en un plano al desnudo fragmentario y espasmódico de Janet Leigh en *Psicosis* se profundiza en lo epidérmico hasta el amor por el cuerpo inerte y supurante de *Nekromantik*. Vestida (casi) por completo Sharon Stone salta a la fama con un cruce de piernas que expone lo oculto durante décadas. Roy Scheider sale de dentro de una *stripper* mora en *El Almuerzo desnudo*. Katy Bates llega a las puertas del Oscar luciendo su tipo en un jacuzzi, y nos termina siendo familiar el culo amarillo de Homer Simpson.

En este camino en quedaron miles como Karin Shubert, por poner, que paseó su belleza con De Funes y Montand que se desnudó una mañana y ya no se vistió más para acabar compartiendo cartel con un pastor alemán (de los cuadrúpedos) en feas producciones también germanas y perrunas.

La sexualidad que, «del pecho bajó a las piernas para que Marilyn las centrara entre los dos», tiene sus formas redondeadas o angulosas repartidas en tiempos luces e idiomas diferentes. Acaso en la presión de la tiranta del sostén en el hombro que protege y estimula más que si faltara, la piel tersa en la clara rodilla doblada; el brillo de ciertos breves cabellos al dorso de la mano; las marcas de vacuna —una señal ya perdida en la historia del cuerpo humano que apenas ha durado cien años y que como una luna brillaba en los muslos de metros de la tumbada reina de Lidia en las pantallas de los cine de verano— las ventanas de la nariz tan agitadas a veces como el abdomen que ondula, los pies que se revuelven, el omoplato volátil, las manos con sus dedos, los dedos con sus uñas, el pecho en su amplitud o su discreción o rebelde, azul o estricto y el misterio del pezón tan perseguido como el mismo pecho o más; la clavícula, tesoro por mucho entre el cuello y el pecho, como ellos tan apetitosa y también escondida más de una temporada; la barbilla que se yergue mientras la cadera se adelanta; la garganta que sube y baja antes y después del *trousseau*; el giro supino que oculta el vientre y regala la cadera; la quietud serena de la mejilla tan desnuda; los glúteos, rocosos o saltarines; los pliegues de la espalda o el costado libre, al fin; y el simple ombligo, emblema rico, rico con los diamantes con los que sólo puede vestirse, o simple ombligo en su humana infinitud de circularidad y abultamiento, conquista del aire mismo, sima de imaginación, ombligo aventurero que, en épocas más sombrías fue hueco asidero de los que alguna vez hemos buscado algún agarre en la plana pantalla.

La carne del blanco y negro al color y al cabo de los tiempos y las técnicas integradas en la cotidianidad del propio salón se ofrece lejos ya de transgresión alguna inmediata y accesible. Teñidos y coqueteando nuestra desnudez, acá hemos llegado. Suyo es su espejo. Suya también su piel. Nuestra, nuestra modesta y esencial, tal la vemos, libertad.